

REVISTA LITERARIA

de la S.E.Ch.

SUMARIO

"LA PALABRA VIVA DE LA MISTRAL"; "POESÍA DE GABRIELA MISTRAL" por *Eliana Navarro*; "EL VALLE DEL ELQUI Y SU CAPITAL" por *Arturo Valdés Ph.*; "PLÁTICA SOBRE CUBA" por *Gabriela Mistral*; "VISIÓN DE LA NUEVA POESÍA CHILENA: Poemas de *Luis Oyarzún, Enrique Lihn, Juan Lanza, Jorge Teillier, Efraín Barquero, Stella Díaz Varín, David Rosenman, Pedro Lastra, Francisca Ossandón, Hernán Montealegre Klenner, Pablo Guíñez, Armando Uribe Arce, etc.* "MINISTRO", cuento por *A. Pimpstein*; "HOMENAJE AL POETA ERNESTO A. GUZMÁN"; "DIEGO BARRÓS Y EL IMAGINISMO" por *Salvador Reyes*; DOCUMENTOS: "DOS CLAVES PARA EL CONOCIMIENTO DE CHILE" (Glosas al Encuentro de Escritores Americanos) por *Braulio Arenas*; "LA MÚSICA LLEGA DESDE LEJOS", cuento por *Pablo García*; LETRAS EXTRANJERAS: "EL NOVELISTA IVO ANDRIC" por *Julio César Jobet*; "TOLSTOI, GOGOL Y EL OTRO PAR DE OJOS" por *Claudio Giacconi*; BIBLIOGRAFÍA: poesía, cuento, novela, etc. Comentan *Luis Droguett Alfaro, José Miguel Vicuña y Q. T.* NOTICARIO LITERARIO, etc.

DIEGO BARROS ORTIZ Y EL IMAGINISMO

¿Quién fue el primero en hablar de imaginismo en la literatura chilena y qué quiso decir con ésto? Hernán del Solar afirma que fue Mariano Picón Salas, quien al referirse a cierto libro alejado de la escuela costumbrista que reinaba entonces (1930), lo llamó imaginista, para destacar así una tendencia abierta a las corrientes extranjeras, a la aventura y a cierto exotismo proveniente de diversos autores franceses e ingleses.

La palabra hizo carrera y Alone, en su larguísima polémica con Mariano Latorre, echó mano de ella para oponer una especie de escuela imaginista al criollismo del autor de "Zurzulita" y de sus discípulos. En esa categoría de imaginistas, Alone con ánimo ligero, mezcló a una serie de escritores que tenían poco que ver entre ellos, bajo la tutela de Augusto d'Halmar.

La mayor parte de las veces, estas definiciones son ficticias y lo fue en el caso particular del imaginismo, pues nunca se definió bien lo que tal ismo podía representar. Se echó mano de lugares comunes como "el ansia de evasión" y otros que nada dicen y que no pueden encontrar sitio en el terreno de la crítica seria.

Existe en Chile, es cierto, una tendencia (no creo que se pueda llamar escuela) criollista, o mejor dicho, costumbrista. ¿Sólo en Chile? Seguramente no. En toda América han existido y existen novelistas empeñados en pintar con realismo las costumbres nacionales. "Doña Bárbara", "La Vorágine", "Don Segundo Sombra" y otras novelas ya clásicas, están dentro de esa tendencia.

Mariano Latorre y muchos otros la siguieron en Chile, cada uno a su manera, sin que pudiera —como es natural— definirse un procedimiento común a todos ellos.

El llamado imaginismo, por el contrario, no existió jamás, porque no basta ser costumbrista para hallarse por eso afiliado a un grupo.

Las obras de imaginación pura no son, en realidad, las que escapan al costumbrismo para situarse en ambientes cosmopolitas, sino las que buscan mundos desconocidos y personajes de existencia completamente divorciada de la nuestra. En Julio Verne mismo hay una parte de imaginación y otra de realidad; si bien sus inventos surgían de su fecunda fantasía, con frecuencia sus personajes habían sido observados en la vida. En el mismo Capitán Nemo, tan extraordinario, nos muestra las reacciones de un hombre de carne y hueso.

Nos parece que en la literatura chilena la imaginación pura entra con Diego Barros Ortiz y su novela Kronios (La rebelión de los Atlantes — Editorial Zig Zag). Con anterioridad a ésta no conocemos ninguna obra de importancia en que el autor corte las amarras con el mundo conocido y se lance a épocas y territorios legendarios. Cabe a Diego Barros Ortiz el honor de haber iniciado entre nosotros una nueva tendencia que los críticos pueden llamar *imaginismo* o como quieran, pero que ofrece las más seductoras posibilidades.

Posibilidades que, por lo demás, su iniciador aprovecha con éxito. Las dificultades que ofrece una obra como ésta saltan a la vista; hay que inventar-

lo todo, desde la psicología de los personajes hasta la materia de que están fabricadas las armas. La novela de Diego Barros Ortiz se desarrolla en el fabuloso continente de la Atlántida. Los Atlantes, sin duda, no tenían nuestra mentalidad, no habitaban en casas como las nuestras y no odiaban o amaban como nosotros lo hacemos.

Diego Barros Ortiz es una personalidad demasiado conocida y nos sentimos un poco simples al mencionar aquí que es aviador. Todo el mundo lo sabe y no vamos a citar sus títulos. Mencionamos su profesión porque creemos que ella ha influido poderosamente en su formación literaria y que ella lo ha puesto en posesión de los recursos novelísticos que le han permitido salir triunfante de su empresa al escribir *Kronios*.

Una de las más arduas dificultades en este género estriba, sin duda, en dar a personajes, hechos y cosas una realidad interna. No se trata de inventar a tontas y a locas. No, muy lejos de eso: se trata de dar al lector la sensación profunda de que lo que se dice fue así y no pudo ser de otra manera. Volvamos a lo de siempre: la obra de arte, para ser válida, debe estar animada de una realidad secreta, fundamental. Esto se siente leyendo la obra de Diego Barros Ortiz, donde todo parece tan verosímil, que nos sentimos arrastrados por el dramatismo y la verdad de la intriga y de los dramas que se desarrollan en ella.

Decíamos que vemos en la profesión del autor la fuente de su inspiración y de sus recursos expresivos. En efecto, tiene Diego Barros una larga carrera aeronáutica. Pertenece a la época heroica de nuestras alas. Estuvo años volando por sobre nuestro territorio en frágiles aparatos cuya vista nos hace sonreír hoy en las exposiciones retrospectivas. Ha sido de los conquistadores de nuestro cielo y si no me equivoco, él

estaba ya en el aire cuando venían desde lejos, por sobre los Andes los románticos Mermoz y Guillaumet, famosos *casse-cou*, que dieron una exaltación maravillosa a la vida.

Pues bien, de esta familiaridad con una profesión absolutamente inédita, con aparatos desconocidos, con espacios por primera vez dominados, tiene que haberse producido en el hombre que ya era poeta, que ya había excursionado con éxito por el campo de la narración, la facultad de imaginar mundos fabulosos y personajes sobrehumanos. Facultad que apareció acompañada de otra aún más importante: la de dar consistencia a todo ese mundo y de establecer entre él y los lectores un nexo secreto de humanidad que es el motor de la emoción y del interés.

Y así se produce el curioso fenómeno de que siendo el príncipe *Kronios* un personaje absolutamente inventado y fuera de nuestro mundo sensible, se nos hace real y que nosotros nos convertimos en sus cómplices, participando de sus triunfos y de sus angustias. Tomamos parte en su lucha gigantesca por defender su poder, de sus zozobras cuando comprueba que su calidad de superhombre está todavía muy lejos de la de otros seres que gobiernan ese mundo feérico en que vive.

Nóvela suntuosa, rica en musicalidades, en grandes efectos plásticos, en profundos ecos humanos; novela de grande y auténtica fantasía en que el autor, con materiales de buena ley, logra crear un mundo fascinante en el cual el lector vive con pasión. Eso es *Kronios*.

Muchos eruditos han escrito sobre la Atlántida. Tiempo era ya que un poeta la interpretara. *Diego Barros Ortiz* lo ha hecho con talento.

Hay sin duda símbolos en esta obra. El de la eterna inconformidad del hombre y el de su incansable lucha por la felicidad. Cualquiera que sea su con-

dición y su medio el ser humano repite el drama en el cual reside su grandeza y su miseria. Esta novela lo expresa con un acento poético de amplias resonancias.

Uno, como hombre del oficio, al terminar la lectura de Kronios, siente una tentación: la de pedir al autor, que tan brillantemente ha logrado esta obra de fantasía, que escriba la novela de la aviación chilena. Es un tema que está reclamando ser interpretado. Los más

grandiosos paisajes del mundo, la más peligrosa cordillera, un escenario que va de los salares de Tarapacá a los fiords de Magallanes. ¡Y los hombres...! Esos hombres que Diego Barros Ortiz conoce, porque, como el filósofo, se conoce a sí mismo. ¡Qué material!... Y también ¡qué prueba! Después de Saint Exupery, la tarea no es fácil. Pero cuando se ha escrito Kronios, se puede despegar para este otro vuelo.

Salvador Reyes.